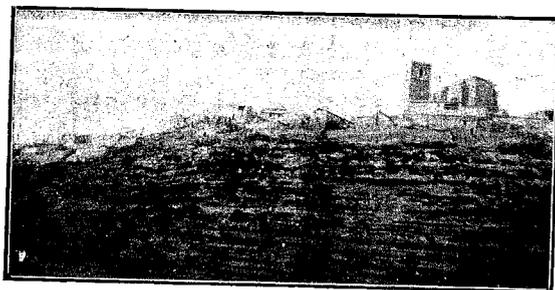


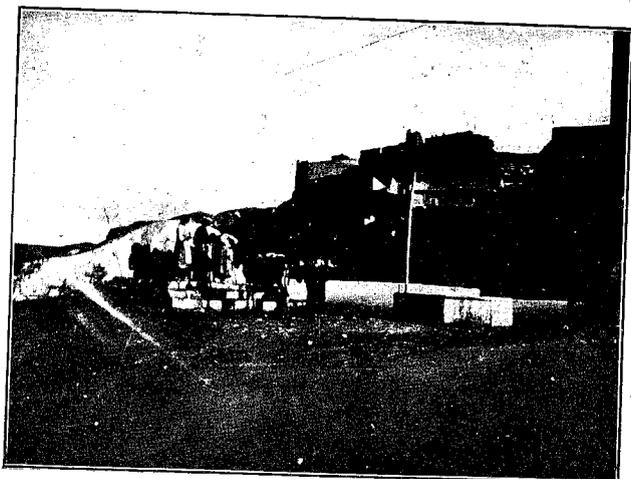


Albacete.—Estado en que quedó el aparato después del accidente de aviación.



JORQUERA
Una vista parcial y
pintoresca
de aquella villa.

Fotos CENTAURO



Jorquera.—Una fuente a la entrada del pueblo que recuerda los "cruceros" gallegos.



Los Cuentistas

UNA RESTITUCION



por JOSÉ A. LUENGO

A don Juan Navarrete, capitán retirado, se le perdió un billete de diez duros. Aunque esta suma parezca, a primera vista, un tanto baladí, conviene considerar que el valor del dinero está en razón directa con la necesidad que de él se tiene, de tal modo, que en algunos casos más importancia se le concede a una peseta que a diez.

En uno de esos casos tristes y lamentables se encontraba don Juan Navarrete. Aquella pérdida según sus propias frases, *le estropeaba la combina del mas, le partía por el eje y finalmente, le hacía poivo*. Con aquellos diez duros pensaba tapar, o por lo menos entornar la boca a unos cuantos *ingleses*, que le perseguían como si fueran su propia sombra—muy mala sombra, por cierto—y le martirizaban de día y de noche, hasta el punto de presentársele en sueños, armados de códigos, disparándole denuncias y esgrimiendo con él legiones de leyes impías.

Don Juan llegó a su casa en un estado lastimoso, con el espíritu aplanado, como si una y otra vez cayera sobre él implacablemente la maza ciclópea de Hércules.

En tanto, el vocear de doña Ruperta, bajando el diapason, vino a convertirse en un gruñido sordo y lento, como el que producen las hondas de un ancho río al deslizarse por una llanura. Merced a esa seudocalma, don Juan tuvo una idea:

—Una idea, esposa mía, que se me ha ocurrido mientras ponías el grito en el cielo y los puños horriblemente crispados, ante mis ojos...

—Veamos la idea.

He pensado en anunciar la pérdida prometiendo una gratificación al que me devuelva los diez duros.

—Tu idea es una tontería... como la gratificación no llegará a las cincuenta pesetas, cualquiera se dará por bien pagado con el hallazgo...

—Pero ¿tú no cuentas con la honradez...?

—¡La honradez...!

—¿Ni la conciencia...?

—¡La conciencia...!

—¿Ni con los remordimientos...?

—¡Ja... ja... ja...!

Y doña Ruperta prosiguió su sarcástica carcajada hasta imprimir a su pecho un movimiento como de ola impelida por la galerna.

—Yo no creo en nada de eso—dijo cuando pudo hablar—. Conozco el mundo mucho mejor que tú y no vivo en el Limbo.

—Desgraciadamente, porque en el Limbo no se paga alquiler, como aquí se paga; es decir..., como se debe pagar...

Hubo una violentísima discusión, de la que saltó triunfante el parecer de don Juan. Como consecuencia de esta victoria, el anuncio fue enviado a dos periódicos.

—El dinero!... He ahí el enemigo...—murmuró, metiéndose valientemente entre las sábanas...

Don Juan esperaba pacientemente la llegada

del hombre honrado. De rato en rato doña Ruperta alzaba el portier de damasco, desteñido y viejo, y decía.

—Espérale sentado, hombre...

El capitán reprimía un gesto de impaciencia, y chupaba nerviosamente el cigarrillo; hasta que su esposa desapareciera Serían las once cuando sonó en todo el cuarto un violento campanillazo. A los pocos instantes se presentó delante de don Juan un hombre.

Tras hacerle sentar frente a él, don Juan le preguntó frotándose las manos.

—Usted dirá...

—Pues... verá usted...—contestó el blusífero sacando un periódico y desdoblándolo.—Esta mañana he leído este anuncio, y... aquí me tiene...

—Sí, señor, sí; aquí le tengo...

—¡Ba ayer tarde por la calle de Alcalá...

—Justamente, por la calle de Alcalá...

—Ha de saber usted que tengo un perro gordo

—Me parece muy bien, un perro gordo.

—Y yendo con él por por esa calle noté que olisqueaba una cosa. La cogí y, ¡figúrese!, me quedé pasmado... Era un billete de cincuenta pesetas... Hoy, en cuanto he leído el anuncio, me he apresurado a venir. Ahí lo tiene usted. A cada uno lo suyo

—¡Choque usted esa mano! ¡Es usted un hombre honrado...!

Al estrecharle la mano, don Juan le puso en ella un duro.

—¡Cómo! ¡De ninguna manera...

—Nada, nada... Es gusto mío que tome usted café a mi salud...

El hombre acabó por aceptar, y el capitán le acompañó hasta la escalera, repitiendo en la puerta las expresiones de su agradecimiento.

—¿Lo ves Ruperta. ? Aún hay honradez en el mundo.

La mujer, que andaba mohina, como si la en tristeciera semejante descubrimiento, se limitó a contestarle:

—¿Comeremos a la una...?

—Cuando tú quieras, pero ahora vóy a tomar una cerveza...

Y don Juan salió a la calle...

Al cabo de un rato llegó a «La buena villa», y se sentó delante de un velador.

—¡Un *bock*...!

¡Que hermosa era la vida! Pasaban por la acera lindas muchachas, en cuyos ojos se leía de corrido, y sin maestro, el poema de los amores trágico, voluptuosos, canallescos, místicos o vulgares.

—Otro *bock*...

—¡Cóbrese usted...!

Acudió el mozo a la caja con el billete, y a poco tornó y le dijo:

—¡Este billete es falso...!

—¡Falso...! ¡Falso...! ¡Ha dicho usted falso...?

Y el pobre capitán quedó alelado, como si flotara en el vacío...